

Homenaje a oscuras

Pequeña historia de la fotografía

JORGE CADAVID

Común Presencia Editores, colección
Los Conjurados, Bogotá, 2015, 88 págs.

TENÍA RAZÓN Susan Sontag en su rabioso e iluminado ensayo *Sobre la fotografía*, publicado hace ya más de cuarenta años: precisamos de una compleja “ecología” que medie en nuestras relaciones con las cosas, pero también de una que medie en nuestra relación con “las imágenes”. “Las sombras de la *Caverna* moderna son las fotografías”, dice Sontag, la realidad se ha confundido con el simulacro... Si a los ancestros les sorprendían las fotografías por su parecido con la realidad, hoy es cuando la realidad nos sorprende siempre y cuando se parezca a la fotografía que recordamos. Se puede pensar en los planes turísticos en los que se posa frente a la ruina antes de verla. Pero también en la imaginería que ronda a las propias ilusiones de jóvenes y adultos, nunca compensada por la realidad, la imagen misma de la identidad de las personas, presentada entre las redes sociales por medio de una fotografía sonriente, casi siempre de vacaciones.

A diario nos llegan informes sobre la proliferación de las nuevas tecnologías; “son la columna que estructura nuestra experiencia”, apunta alarmado Gernot Böhme. Informan las estadísticas que el *iPhone* es el segundo objeto más vendido de la historia, solo superado por el cubo inteligente, aunque sueñen increíbles ambas cosas. Cada uno de estos celulares –que ya superan el número de personas en el mundo– está dotado con una cámara fotográfica, dispuesta para subir a las redes y a los chats el registro más variado de las experiencias, tratar *selfies*, acaso la práctica que mejor defina la construcción del *ego* contemporáneo. Incluso hay una popular aplicación, *Instagram*, en la que los usuarios pueden darle a sus fotos de aficionado un filtro de distinción, un toque “artístico”, solo posible en el pasado a través de los estudios especializados.

En medio de esta invasión de imágenes, tomándose desde todas partes ahora que escribo estas líneas, obligando a

profesores y a escritores a una compleja reflexión sobre sus prácticas, amenazando incluso la “introspección” que hacía posibles los libros, o al menos eso dice Susan Sontag, resulta por lo menos inquietante que un poeta, Jorge Cadavid, profesor de literatura en la Universidad Javeriana, hable con tanta contundencia de “la muerte de la fotografía” y que publique un libro *in memoriam*, como palabras reunidas a la ausencia de una imagen o al pie de su tumba. Como si las imágenes hubieran volado fuera dejando las sombras en su lugar. El mismo Cadavid dice a manera de Prefacio:

La muerte de la fotografía, la aparición de nuevos procedimientos de creación de imágenes me han llevado a pensar, a la manera de Walter Benjamin, en una mínima historia, una elegía, para este particular arte atormentado antes por el fantasma de la pintura, y hoy día por cambios epistemológicos radicales como el surgimiento de las imágenes digitales. Desmaterialización del arte, fractura entre imagen y soporte, contenido sin materia. Un epitafio por la fotografía debe conllevar la inscripción de otro modo de ver...

Es extraño. ¿Un cambio en los procedimientos puede matar el sentido de un arte, poner en crisis nuestras relaciones con él? ¿No es un réquiem por lo menos prematuro, como si a la poesía se le hubiera dado muerte con la creación de la imprenta o a la pintura con la invención misma de la fotografía? ¿No es la historia de un arte la confluencia o la transformación de muchas miradas en el tiempo, lo contrario, una invención de la nostalgia?

Caben estas y otras preguntas, por supuesto, el libro es muy sugerente desde el planteamiento. Sin embargo, con todo el temor de equivocarme, creo que el objetivo de Jorge Cadavid no solo es académico sino *moral*, su verdadero asunto es comprender nuestras relaciones. Este es un libro sobre *estética* en el sentido en que a Wittgenstein le gustaba usar la palabra: como algo que se muestra y nos reclama en los límites del lenguaje.

Cuando Cadavid habla de la fotografía podría estar refiriéndose a un tipo de distancia que necesitábamos, definitiva para la reflexión y los grandes

fotógrafos del pasado, la misma distancia que hoy es saturada de comentarios y, por supuesto, de otras imágenes, impidiéndonos una relación más comprensiva. También nos habla de una vocación hacia el encuadre que es tan pariente de la crítica –el arte fotográfico casi siempre huyó de los primeros planos y de las formas hegemónicas de ver– y cuya profesión de precisión y de misterio es tan cercana a la poesía de Cadavid desde un principio, la cesura de sus versos quiere mirar sin metaforizar, desocupar el espacio para que entre el pensamiento. En definitiva, y esta última engloba a las dos anteriores, una manera de ver, digamos que en los bordes del silencio, y que ahora parecería estar desplazándose por una producción fotográfica tan inmediata como escandalosa, como si a las fotografías de ayer se les hubiera arrancado el fantasma para dejarnos el cuerpo desplegado, la piel derrotada donde antes la victoria de un instante rescatado en el vértigo.

Desde esta mirada es que Cadavid escribe estos *poemas-fotografías*. Les habla a estos fantasmas, devolviéndoles su presencia, su poesía misteriosa entre las páginas como antes entre los días. Cuando ocurre la *correspondencia*, ellos mismos son ejercicios de precisión y de disparo, de alquimias rigurosas para invocar el misterio, ocurre el reencuentro del ojo y la palabra en un instante que vela y revela a un mismo tiempo. Hay que citarlos completos, como a las fotografías mismas:

REVELADO II

¿Con qué sueña la luz
Cuando se duerme?
Con el tiempo
Que la traspasa sin medida
Con las cosas que descubren
Por fin sus propias sombras
Con la edad del espacio
No hay que dejar
Que se duerma la luz
Hay que apresurarse a despertarla.

DAGUERRIANA

Yo soy la cámara
con su obturador abierto
registrando
la traslucidez
de lo eterno
La pupila del cero

RESEÑAS		
<p>A estos momentos de reflexión, tan singulares que hacen pensar en aforismos escritos al margen, piezas desci- fradas en el cuarto oscuro de la mente, se suma un recorrido por fotografías y fotógrafos que cautivan la mirada. Una secuencia privada que más que la historia de la fotografía es la de un ojo específico, el de Jorge Cadavid, bajo la compañía inquietante de estas imágenes que supieron abrirse paso entre tantas otras, como las “miradas cómplices” de alguno de sus títulos. Nos obliga a revisarlas nuevamente desde estos poemas, esta escritura es una invitación para mirarlas de vuelta. Sorprende la amplitud de estilos que escoge para sus modelos. Cadavid no es hombre de un solo credo, como ocurre en José Emilio Pacheco no quiere para él mismo la inmovilidad del retrato, por eso escribe entre las imágenes de los otros, en ellas expresa lo mejor de sí mismo:</p> <p>EQUIVALENCIAS (Alfred Stieglitz) Cree que Dios es el aire el espacio entre las cosas Así que rezamos al espacio El primer habitante del espacio tuvo que ser la luz.</p> <p>SALPICADURA DE UNA GOTA DE LECHE (Harold E. Edgerton, 1936) La gota de leche cae sobre el agua formando una corona Nada podrá sosegar su grito Nadie intentará fragmentar su esplendor Paciente busco en la imagen mi blanca vida.</p> <p>LENTE (Brassaï) Miro el horizonte entro en la proximidad de la distancia Desarrollo mi sombra de bordes imprecisos El dulce corromperse del día penetra por mi lente.</p> <p>Este es un libro de poesía que persi- gue un tema, un recorrido a través de la</p>	<p>observación de los otros. Pero también es él mismo un ejercicio de encuadre. Un convocar las piezas adecuadas para que surja de nuevo la imagen, lava- da de estropicios, o mejor, el fantasma que estaba detrás de la imagen o la rodeaba silenciosamente. Y cito estos dos poemas más cuyo disparo no podría ser agotado con ningún comentario:</p> <p>ESPECTROS Cuerpos traslucidos escritos con la luz Las sombras de ciertas víctimas en Hiroshima se vieron proyectadas como negativos sobre los muros de la vieja ciudad.</p> <p>DE SENECTUDE Las hojas tienen también al caer conciencia de la forma y vuelven a escribir el árbol.</p> <p>“La lengua es un ojo”, nos dice Ca- david con Wallace Stevens en la cita que escoge como epígrafe; “la mirada que construye el mundo”, nos dice Ma- ría Paz Guerrero en la contracubierta de este libro. En ambos casos se trata de escribir para “aprender a mirar”, tal como lo decía el Rilke de <i>Los cua- dernos de Malte...</i>, la misma tarea que Nietzsche le atribuía a los artistas del futuro, y que decía, con algo de escalo- friante profecía, haría del simple acto de contemplar una propuesta subver- siva para el futuro. Los poemas de Ca- david nos acompañan, abren algo de si- lencio para que podamos ver el mundo a través de él, como si estos poemas nos dieran la oportunidad de mirarnos des- de afuera, fantasmas de nuestra propia obra: uno de los aportes más singulares que tiene la poesía en nuestros días.</p> <p>En un principio pensamos que esta edición de Los Conjurados ha come- tido un error al no publicar las foto- grafías que inspiraron algunos de es- tos poemas, incluso, al no proponerle a un fotógrafo que hiciera este ejer- cicio a partir de los poemas de Cada- vid. Pero pronto comprendemos que el secreto está en lo verbal. Que una</p>	<p>imagen no vale lo que pocas palabras bien dispersas, y más si el sentido de estas imágenes ha muerto, si tenemos que crear el silencio antes para que su fantasma se revele sobre el papel. Co- mo en las <i>Variaciones enigma</i>, de Ed- ward Elgar, un ejemplo que nos llega de la música, los poemas de Cadavid ganan ante la ausencia de una imagen específica, porque tienen el poder de crearlos otros. Nos queda, sí, esa dis- tancia que las encarnó y de las que es- tas palabras heredan su extrañamiento, aquella mística que hace que despla- cemos nuestra inteligencia para entrar en los climas de la celebración, lo que sentimos por las fotografías que quere- mos. Extrañamiento y admiración, dos sensaciones que ha encontrado Cada- vid yendo desde la superficie hacia el misterio de los otros.</p> <p style="text-align: right;">Santiago Espinosa</p>